

Yanomamis: La ley de la civilización contra la ley de la selva

Conxa SONADELLAS i ARAGÜÉS

«Lo primero que se compra un garimpeiro es un revólver, luego un reloj no japonés y en tercer lugar una noche con una mujer»

José Altino Machado

A las doce del mediodía las amplias avenidas de Boa Vista siguen reluciendo como un mar metálico. Derroche del asfalto contrastando con la generosidad del verde de la selva a sólo pocos kilómetros de distancia. Sin embargo hoy, a diferencia del pasado año, cuando visité por primera vez la ciudad, algo ha transformado su atmósfera: una parte considerable de los numerosos *garimpeiros* (buscadores de oro) que hace sólo algunos meses determinaban el trazado de la ciudad se ha borrado de sus calles.

Situada en el noroeste brasileño (Estado de Roraima), cerca de la frontera con Venezuela, Boa Vista cuenta con poco más de cincuenta años de vida. De centro agrícola (mayoritariamente de arroz y mandioca) y ganadero en sus inicios pasó a convertirse en 1987, con la llegada de unos 40.000 *garimpeiros*, en una ciudad que latía al ritmo del oro. Bajo su ley se respiraba un ambiente de hombres y era habitual ver a muchos de ellos con sus sombreros al estilo cowboy de los western clásicos, pero que en este caso no eran más que el distintivo del nordestino del sertón brasileño huyendo del hambre que origina la sequedad de aquellas tierras o transportado por los sueños de la quimera del oro. El ir y venir de estos hombres entrando y saliendo de las múltiples tiendas de compra-venta de oro, pegadas unas a otras en las calles de la ciudad, contrastaba con el compás de espera al que parecían estar sometidos los que, sin trabajo aún, merodeaban por bares y plazas. El blanco entrometido de mi piel, mal disimulado por el contacto con el sol amazónico, parecía desafiar a sus ojos.

En actitud desafiante también es como fui abordada hace un año en un bar por uno de esos hombres que, en un momento álgido de la conversación y con afán de impresionarme, levantó su camisa dejando al descubierto un contundente revólver: «Sabe o que é isto?» —me preguntó en su flamante portugués— «Uma maquina de difuntos» —prosiguió sin aguardar mi respuesta. A mi pregunta de si había hecho ya uso del arma me respondió afirmativamente con un «muito ladrão, muito ladrão» («mucho ladrón, mucho ladrón»), mientras levantando el lado izquierdo de la misma camisa me mostraba un cuchillo de hoja larga que —según sus propias palabras— llegado el caso, se cuidaba muy bien de colocar en la mano de su víctima ya sin vida, para poder alegar una muerte en defensa propia.

Este hombre de rostro sudoroso y manos rudas dejó patente en su relato y en sus gestos la violencia de un mundo que desde la abundancia del Primer Mundo se hace difícil de imaginar. Movidos por el hambre y la sed del oro miles de *garimpeiros* invadieron las tierras indígenas de Roraima siguiendo la consigna del propio gobierno brasileño que, bajo el lema «**una tierra sin hombres para hombres sin tierra**», puso en marcha una campaña publicitaria alentando a estos hombres a explotar la selva amazónica y con ella unas tierras que ya tenían dueño: los indígenas que desde hacía centenares de años moraban en ellas, tierras reconocidas a su vez, paradójicamente, como de su propiedad por la misma Constitución brasileña, aunque todavía sin demarcar definitivamente debido a diferentes intereses económicos y políticos.

Mi hombre se encargó también muy bien de explicarme que la violencia física del cuerpo a cuerpo se daba más entre los propios *garimpeiros* que entre indios y *garimpeiros*. La fiebre del oro les llevaba en más de una ocasión a robarse y matarse mutuamente. Sin embargo, son varios los casos de indígenas asesinados por arma blanca o de fuego defendiendo sus tierras de la invasión de los buscadores de oro.

De todos estos pueblos indígenas el que sin duda ha pagado con más vidas en poco tiempo la sed del oro ha sido el pueblo yanomami, que en menos de tres años ha visto diezmada su población de 9.900 indígenas en territorio brasileño (13.000 en el lado venezolano) a unos 8.000, en una área de más de 9.000.000 de hectáreas.

Este pueblo, reconocido como el mayor grupo étnico existente, es considerado también una de las culturas más autónomas de nuestro planeta. Los yanomamis son en su mayoría seres de una extraordinaria belleza y sensualidad. Aún hoy andan generalmente desnudos o cubiertos con un tanga que ellos mismos elaboran. Los hombres suelen amarrarse el pene a la cintura con un hilo.

A los ocho años se agujerea el labio inferior de las niñas en el centro y a ambos lados. En estos tres agujeros se les introduce un asta muy fina adornada con plumas. Con plumas adornan igualmente sus cabezas en fiestas y rituales. A los niños se les suele hacer un solo agujero también en el labio inferior, adornado de igual forma. Estos atributos son considerados distintivos de belleza. Los yanomamis gustan de pintarse el rostro y el cuerpo con líneas y lunares rojos y negros fundamentalmente. Gustan también de todo tipo de ornamentos (pendientes, collares, pulseras, etc) que usan indistintamente hombres y mujeres, y cuentan con una refinada artesanía.



Los yanomamis gustan de pintarse el rostro y el cuerpo con líneas y lunares rojos y negros fundamentalmente.

Las mujeres hacen cestos, hilan algodón y se ocupan mayoritariamente de las tareas domésticas (comida, procura de agua y leña...), aunque puede verse a veces también a los hombres preparando la comida. De todos modos suelen dividir sus tareas por edades y sexo. Los hombres derriban los árboles, queman la maleza y preparan el terreno para plantarlo. Las mujeres se encargan de recolectar. Cultivan principalmente mandioca, caña de azúcar y tabaco. No producen excedente agrícola, ya que su modo de producción se ve caracterizado por el uso colectivo de la tierra y sus riquezas y motivado por principios de autoabastecimiento y no de lucro. Hasta hace poco no conocían el dinero y actualmente sólo lo usan aquéllos que salen al exterior, ya que dentro de la comunidad intercambian los productos, por medio del trueque. Sólo un 1% habla portugués.

Los hombres se ocupan también de la caza y de la pesca de mayor dificultad, mientras que las mujeres realizan un tipo de pesca más sencillo a partir de un tóxico vegetal que echan a los peces produciéndoles un entumecimiento de los sentidos que facilita su captura simplemente con las manos. Son los hombres también los que hacen la guerra por causa de limitación del territorio, de mujeres o por motivos mágico-religiosos. La cultura yanomami es una de las más ricas en rituales.

La poligamia se da frecuentemente entre ellos. Son varios los hombres que tienen más de una mujer, lo que no se da prácticamente nunca a la inversa. Pero los hay también monógamos. La propiedad de los hijos es a su vez patrimonio masculino. Los yanomamis son muy cariñosos con los niños y éstos están totalmente integrados en el mundo de los adultos. Los niños son un elemento más de la comunidad y participan en las tareas comu-

nes. Es frecuente ver también a niños corriendo y jugando libremente entre los adultos, mientras éstos realizan sus actividades. No existen ni la actitud represiva ni el culto al niño que se da a menudo en el mundo «civilizado». De hecho hay una naturalidad en la relación adulto-niño que indudablemente el medio favorece. Tampoco existe transmisión de herencia de padres a hijos. Cuando alguien muere se queman todas sus pertenencias, desde la ropa hasta los objetos de mayor estima del difunto llegando incluso a quemar la yerba de los lugares que solía pisar.

Generalmente los yanomamis viven en una sola «maloca» en cada aldea, que puede cobijar de treinta a hasta trescientas familias. Se trata de unas construcciones bellísimas en forma circular, hechas de paja, que disponen de un amplio espacio libre en el centro, donde se enciende el fuego. En este espacio es habitual ver a los niños jugando y a los adultos realizando algunas labores. Es también el lugar de reunión de los hombres para debatir los asuntos concernientes a la tribu. Las mujeres no suelen participar en este tipo de reuniones. Los laterales de la «maloca» se encuentran divididos en sectores para las diferentes familias. Cada familia ocupa un sector en el que hay un pequeño fuego central con hamacas a su alrededor, en las que duermen sus miembros.

El pueblo yanomami no tiene un sistema jerarquizado como el nuestro. Sus jefes se dan de una forma natural, no institucionalizada. Se trata de aquéllos que más destacan por algún motivo, ya sea por ser buenos cazadores, dar pruebas de generosidad, hacer las mejores propuestas en los asuntos que atañen a la comunidad o —como decía un antropólogo— los que logran imponerse naturalmente con el beneplácito del resto.

Hasta principios de 1950 los yanomamis vivían esta cultura propia en completa armonía y en franca expansión demográfica en un marco natural de una generosidad y una variedad sin fronteras. Quien ha entrado alguna vez en la selva sabe que allí no hay sentido de la medida. Es un mundo a lo grande y, sin embargo, existe una perfecta armonía dentro de lo inconmensurable. La naturaleza estalla en miles de manifestaciones distintas que a momentos llegan incluso a aturdir nuestros sentidos, pero que siempre acaban por devolvernos al equilibrio. Pocas veces viviremos tal cúmulo de sensaciones físicas diferentes: formas, colores, olores, calor, humedad, lluvia torrencial y sobre todo infinidad de sonidos indescifrables. Alguien dijo poéticamente sin equivocarse que hasta el silencio en la selva es sonoro. Andar de noche por ella entre un sin fin de luciérnagas volando por los aires y acompañada de tal concierto de sonidos es una de las vivencias más bellas y sobrecogedoras que recuerdo. Siempre he dicho que a la selva no sólo había que llevar una cámara fotográfica, sino también un cassette para grabar un misterio —y aún así ningún registro puede transmitir la vivencia.

Así pues, no es hasta los años cincuenta que los yanomamis entran en contacto más o menos regular con los blancos pertenecientes a las misiones católicas y protestantes. Sin embargo, el contacto más fuerte se produciría en 1974/75 al construirse una carretera con fines militares, que cortó su territorio. Las FAB (Fuerzas Aéreas Brasileñas) fueron así las primeras en violar el territorio yanomami.

El asalto definitivo se produjo no obstante en el año 1987, cuando unos 40.000 *garimpeiros* invadieron sus tierras derribando gran cantidad de árboles, para construir las pistas de despegue y aterrizaje de las avionetas cargadas de hombres y oro. La destrucción de la floresta originó un desequilibrio en las zonas desmanteladas (aumento de las aguas estancadas) que contribuyó a una rápida propagación de la malaria, principalmente de un

tipo de malaria distinto del suyo, que los *garimpeiros* traían de otras zonas, y frente al cual los indígenas no eran resistentes. Sólo entre enero y septiembre de 1989 se detectaron 3.528 casos con un promedio de cuatro muertes por día. A eso había que añadir los casos de enfermedades venéreas contraídas por medio del contacto sexual con los *garimpeiros*, quienes en varias ocasiones llegaron a él violando a jóvenes y mujeres indígenas. Otras enfermedades muy extendidas entre los blancos, pero frente a las cuales los indios carecen de defensas, como la gripe, la tuberculosis, etc, contribuyeron también a diezmarlos. Numerosos eran asimismo los casos de desnutrición y anemia, resultado de la escasez de comida que la llegada de los buscadores de oro había traído consigo al destruir éstos parte de sus cultivos y acabar prácticamente con la caza, que sucumbía ante la agresión de los gases y el ruido ensordecedor producido por sus avionetas, el cual amenazaba también la paz de las aldeas. Podía verse a menudo a niños cruzando la pista en el momento que se producía un aterrizaje, lo que hacía imposible jugar sin sobresaltos. Los ríos a su vez sufrían un alto grado de contaminación que amenazaba la pesca, ya que para el proceso de depuración del oro éste se mezcla con mercurio, que posteriormente es quemado arrojando los desperdicios a las aguas fluviales. El vapor mercurial era otra fuente de contaminación atmosférica. En resumen, se hacía imposible vivir.

«Antes los invasores llegaban en barco, a pie o a caballo y armados con espadas. Ahora llegan en avionetas, disparan armas de fuego y contaminan» —me decía uno de los misioneros que ha vivido 14 años con los indios yanomamis. Y todo en nombre del progreso, la ideología del progreso inventada por el Primer Mundo con la que se somete al Tercero. Nuevas formas de matar, con proyectos de desarrollo bajo el brazo. Con estos proyectos no sólo se está produciendo un exterminio físico de los indígenas, sino que se están sentando las bases para llevar a cabo un exterminio cultural, incitándoles al soborno (alquiler de sus tierras para la explotación de minerales) y a formas de producción basadas en el excedente para fomentar su acceso al consumo. Asimismo los planes encaminados a ofrecer a los indígenas un porcentaje de la explotación minera de sus tierras mantienen los problemas de enfermedad, hambre por falta de explotación natural de sus recursos y agresión cultural.

La FUNAI (Fundación Nacional del Indio), creada en 1967 con el fin de «preservar las tierras y los intereses de los indígenas en integrarlos en la sociedad brasileña» fue la primera en abandonar su puesto en la práctica en el área yanomami, cuando se iniciaron los conflictos. Este órgano —con un dispositivo de dos médicos para los 35.000 indígenas del Estado de Roraima— fue acusado de incompetencia y también de tener intereses económicos y políticos en contra de los propios indígenas siendo duramente criticado por amplios sectores de la población brasileña. Actualmente, presionada por muchos sectores nacionales e internacionales, está haciendo grandes esfuerzos en la zona para paliar los errores de sus antecesores, aunque sin abandonar su línea asistencialista y paternalista. El Ministerio de Salud es el encargado en estos momentos de coordinar un proyecto de salud para el área yanomami, con la colaboración de varios organismos nacionales e internacionales.

Sin embargo, en estos últimos meses el pueblo yanomami ha visto acrecentados los obstáculos para su sobrevivencia. Si bien por un lado ha logrado librarse de la mayor parte de los *garimpeiros* de la zona —tras la orden de expulsión decretada por el juez de Brasilia— por otro lado no hacen más que colocarles trabas para su sobrevivencia. Son ya varios

los grupos de *garimpeiros* armados que ofrecen resistencia activa a su expulsión, mientras que sectores gubernamentales con intereses económicos directamente relacionados con el narcotráfico y altos empresarios mineros están haciendo lo imposible para frenar la salida de los buscadores de oro —armándolos entre otras cosas— y evitar que las tierras indígenas sean demarcadas definitivamente. El propio presidente de la FUNAI se ha visto amenazado directamente, así como muchas otras personas. Las consecuencias de ello son más muertes para los yanomamis y el fin de una esperanza, tras la orden de expulsión de los *garimpeiros*, que había abierto una puerta en su día que ahora se ha vuelto a cerrar.

Una año después, y por esas cosas que tiene el destino, el *garimpeiro* de revólver y cuchillo y yo nos encontrábamos casualmente en la misma ciudad frente a un plato de espaguetis. Esta vez —a pocos días de dejar definitivamente Roraima— él era uno de los afectados por la ola de expulsiones llevada a cabo por el gobierno brasileño para echar a los *garimpeiros* del territorio yanomami, tras la orden decretada por un juez de Brasilia al considerar justamente la presencia de los buscadores de oro como anticonstitucional. Cabe suponer que la presión internacional contra el genocidio yanomami y el afán del recién estrenado gobierno Cóllo por dar un cambio de imagen han acelerado el proceso de expulsión decretado desde hacía ya varios meses. Si bien con estas medidas se ha logrado ya algunos resultados positivos (la malaria en el área yanomami de Paapiú se ha visto reducida en un 90%), hay daños que son irreparables.

Para los yanomamis los hechos acaecidos les ha supuesto la muerte de más de 1.500 de los suyos en menos de tres años, con toda la agresión física y psíquica que la invasión de los *garimpeiros* ha llevado consigo. Un choque cultural de este tipo para un pueblo de costumbres aún tan primitivas, con poco contacto con el mundo de los blancos y en un período de tiempo tan corto es de una magnitud impresionante.

En una entrevista con el antropólogo Bruce Albert de marzo de 1990, Davi Kopenawa Yanomami, uno de los líderes del pueblo yanomami, deja patente el desconcierto por el drama que ha vivido su pueblo y el rechazo a la imposición de formas culturales de los blancos. Desde la perspectiva mágica de su pueblo habla de cómo la «xawara wakëi» (humareda producida por el vapor de mercurio) acabará haciendo estallar el «pecho del cielo» en pedazos, que caerá sobre la Tierra aplastándola. Son los «hekurabe» —espíritus auxiliares de los «pajés» (chamanes)— los que aseguran la bóveda celeste, y si éstos mueren, el cielo caerá y los blancos también morirán. Porque hasta ahora el «pajé» podía curar las enfermedades de su pueblo, puesto que las conocía. Pero las que ha traído el hombre blanco no las sabe curar.

«Pienso también —dice Davi Yanomami— que no es bueno que los blancos enseñen a los indios a trabajar. Nosotros, yanomamis, sabemos trabajar desde hace muchos años... Los yanomamis no mueren de hambre, sólo mueren de enfermedad; tienen todo para sobrevivir donde no hay garimpo¹... No necesitan enseñarnos a trabajar para que cojamos las costumbres del blanco. Las costumbres del blanco son muy complicadas para nosotros, yanomamis. Nuestra costumbre es mejor que la de los blancos, ya que nosotros preservamos los ríos, igarapés, lagos, montañas, la caza, los peces, las frutas, açai, bacaba, castaña, cacao, ingá, buriti, lo que ya tenemos, lo que Omamë (creador de la etnia yanomami) creó».

Para los *garimpeiros*, obligados hoy a abandonar unas tierras por el mismo gobierno que les impulsó a invadirlas, supone volver a la situación de paro e incertidumbre inicial.

Algunos vuelven a su lugar de miseria de origen, otros prueban suerte en otras zonas de garimpo del país, algunos malviven en la periferia de Boa Vista a la espera de cualquier otro tipo de trabajo y los menos escrupulosos se atreven todavía a invadir las tierras de otros pueblos indígenas de los alrededores como los wapixana o los macuxí, quienes en su mayoría por suerte no dudan en denunciarles y expulsarles.

Según datos facilitados por José Altino Machado, uno de los más conocidos y ricos empresarios de garimpo, unos 50.000 *garimpeiros* murieron en todo Brasil en las áreas de garimpo en 1989 a consecuencia de la malaria, mientras estima sin vergüenza alguna, por otro lado, en miles de millones anuales los beneficios producidos por el oro. A este número de muertes hay que añadirle los asesinatos, fruto de la extrema violencia y la dureza de las condiciones de vida en las minas. Sólo en la ciudad de Boa Vista fueron autopsiados cerca de 200 cadáveres de *garimpeiros*, que presentaban heridas por arma blanca o de fuego —según el médico forense Luiz Araujo— y más de 300 fueron enterrados desde 1987 por los médicos sin identificar. La mayoría de ellos llegaban ya muertos al hospital trasladados por sus propios compañeros de trabajo.

Es obvio pues que existen dos tipos de *garimpeiros* bien diferenciados: los empresarios, dueños de los pozos y la maquinaria, que se limitan a emplear a grupos de trabajadores, sin pisar prácticamente la mina —bien defendida por personal armado que les hace las veces de perro guardián. Y los que realmente soportan las duras condiciones de trabajo, la enfermedad, la soledad, pasto de empresarios y especuladores que les estafan descaradamente devaluando considerablemente sus ingresos. La arbitrariedad de los precios de los artículos de consumo dentro del garimpo no tiene límites. Así, por ejemplo, un *garimpeiro* me contaba haber pagado 2.000 pesetas por una tableta de Lariam (medicamento contra la malaria) en una mina del área de Maués. «Y lo que muchos no saben —prosiguió— es que la fiebre no es sólo del oro, sino también del mercurio». El mercurio aspirado en el proceso de depuración del oro produce un grado de excitación nerviosa similar al ocasionado por muchas drogas y crea adicción al igual que ellas. Por este procedimiento son muchos los casos de envenenamiento detectados. Como dato adicional cabe citar que España es el primer exportador de mercurio para Brasil.

No hay que olvidar tampoco, que una buena parte de la producción aurífera brasileña es pasto del contrabando, tolerado abiertamente por las «fuerzas del orden». El fraude, la corrupción, la política clasista del gobierno brasileño, enmarcada dentro de la política de las multinacionales, ha creado un conflicto que ha diezclado a una de las etnias más puras de la Tierra y que amenaza también el futuro de los 230.000 indios,² agrupados en 220 pueblos en territorio brasileño.

Hoy son los yanomamis los que han acaparado la atención de la opinión pública, pero son muchos más los pueblos indígenas amenazados por los proyectos de desarrollo. Y a mí —como a Mércio Pereira, profesor de Antropología de la Universidad de São Paulo— me gustaría seguir imaginando un mundo en el que aún hubiera selvas y ríos por donde andar desnudos, «cazar por la mañana, pescar a mediodía, cuidar el ganado al atardecer y filosofar después de cenar», compartiendo una vida generosa y solidaria, realizando en suma el sueño utópico.

Boa Vista, diciembre de 1990

Notes

¹ garimpo=mina

² 5.000.000 en el año 1500